

Introducción. El sitio Ewan y el estudio arqueológico del ritual

La importancia de las ceremonias rituales para el mantenimiento del orden social es un tema que ha sido ampliamente discutido y desde diversos puntos de vista (Rappaport 2001, Bell 1992, Mansur, Piqué y Vila 2007, Mansur y Piqué 2010). Los rituales se caracterizan por poseer una serie de propiedades formales, entre las que se destacan su repetición, su carácter de actividades no espontáneas o comportamientos «especiales», con orden, reglas y guías que institucionalmente incluyen y excluyen, segregan e integran a los participantes; se trata de una dimensión colectiva, se llevan a cabo en un tiempo y un espacio singulares y hacen acopio de múltiples y heterogéneos canales de expresión. Pero además, y como señalan diversos autores (por ejemplo, Claude Rivière 1997, Rappaport 2001, Bell 1992) contienen una gran carga simbólica. Tal es el caso de los ritos de paso, habituales de las sociedades cazadoras-recolectoras, que son fundamentales para el mantenimiento y la continuidad de una identidad colectiva. Además, estos rituales juegan un papel esencial en la transmisión de los valores, el mantenimiento de la solidaridad grupal, la transmisión de la diferenciación social por sexos y de las relaciones disimétricas entre estos. Todo esto puede corroborarse en el caso de la sociedad *selknam* donde, tal como veremos en el análisis del sitio Ewan, es mayor la perduración de elementos relacionados con el simbolismo y el ritual que la de aspectos relacionados con la producción, que son más permeables a los cambios.

En arqueología, la aproximación al ritual ha tenido casi siempre como presupuesto de partida la imposibilidad de aproximarnos a la ideología a partir de los datos arqueológicos. En tanto que perteneciente al mundo de las ideas, se ha considerado que el estudio del ritual resulta inalcanzable a partir de los restos materiales arqueológicos. Esta ha tenido como consecuencia que la investigación arqueológica se haya centrado más en el estudio de los aspectos económicos (reducidos a la tecnología y la subsistencia) y ambientales, ya que estos se consideran más asequibles. Así, la arqueología estaría constreñida por un registro arqueológico limitado que no permitiría abordar el simbolismo o las relaciones sociales en tanto que se ha considerado que estas no se materializan en el registro arqueológico. Sin embargo, las características de los rituales que mencionamos al comienzo representan, desde nuestro punto de vista, elementos claves que deberían permitir reconocer los rituales mediante métodos arqueológicos.

Arqueología de sitios rituales

Las dificultades de la arqueología para afrontar el estudio del ritual no residen únicamente en su dificultad para comprender sus significados simbólicos, sino también a menudo en cómo reconocerlo a partir de los restos arqueológicos. En el caso

de sociedades cazadoras recolectoras, en general el análisis del ritual se ha orientado hacia el estudio de aquellas manifestaciones que han dejado restos arqueológicos con características singulares, o excepcionales. Tal es el caso de los sitios con arte rupestre, considerados como «santuarios»; o del arte mobiliario y los enterratorios, a los que se atribuyen determinados contenidos simbólicos. También es el caso de los artefactos que son singulares por su unicidad, o de los que se desconoce la función, o incluso de instrumentos que se diferencian del resto por su color o tamaño, que frecuentemente han sido calificados como «ceremoniales» o «rituales».

Tradicionalmente los espacios ceremoniales —donde se han llevado a cabo determinados rituales— han sido reconocidos por oposición a los espacios domésticos. Sin embargo, la separación entre unos y otros no siempre es clara y la interpretación ha reposado en analogías más o menos directas con pueblos modernos que mantenían formas de vida tradicionales. En consecuencia, todos aquellos rituales que no generaron un registro arqueológico excepcional, probablemente se hayan mantenido invisibles en el registro arqueológico, por la falta de metodologías adecuadas que permitan su reconocimiento (Mansur, Piqué y Vila 2009; Vila, Piqué y Mansur 2004).

A partir de lo que hemos señalado, generalmente se ha pensado que el único modo de reconocer un sitio arqueológico como ritual era la presencia de elementos singulares, considerados ellos mismos como «elementos rituales». Sin embargo, la parafernalia utilizada en el ritual puede estar hecha con materiales perecederos, que no se conservan en el registro arqueológico. Por ello creemos que es necesario replantear las variables que se utilizan para visibilizar los rituales, dando más importancia a aspectos como los restos alimentarios, los contextos, o los procesos de trabajo documentados.

Por todo ello, consideramos que el estudio del ritual desde la arqueología no es imposible ya que, además de tener unas consecuencias sociales que se reflejan en el mantenimiento del orden social, el ritual, como cualquier otra actividad humana, tiene unas consecuencias materiales, y por lo tanto éstas deberían poder ser reconocidas arqueológicamente. La especificidad del ritual radica en que las actividades que lo conforman comportan la reiteración de una serie de acciones y el uso de una determinada parafernalia. En tanto que generan restos materiales (tanto los elementos utilizados durante su ejecución como su propia disposición espacial) los procesos que los formaron pueden ser reconocidos a partir de una metodología arqueológica.

En el caso de sociedades cazadoras-recolectoras, uno de los factores que pueden limitar las posibilidades de reconocimiento de rituales es el uso de materiales perecederos. Sin embargo, algunos de los elementos que permiten hablar de ritual, como la reiteración de acciones y la utilización de cierta parafernalia, permiten plantear la posibilidad de reconocer los rituales a través de sus expresiones espaciales. Así, aun cuando no podamos entender el significado de los rituales que se llevaron a cabo, si deberíamos poder identificar los espacios donde se realizaron.

El caso del ceremonial selknam del *Hain* es sin duda un buen ejemplo para la reflexión sobre como reconocer los espacios rituales. Dado que, como veremos más adelante, casi todos los materiales utilizados para la confección de la parafernalia del ritual del *Hain* son de naturaleza perecedera (cortezas, plumas, etc.), cabe plantearse cuál sería el registro arqueológico esperable de la realización de un *Hain*. Por otra parte, el sitio mismo en que se lleva a cabo este ritual puede llegar a tener una visibilidad muy baja, ya que las transformaciones del paisaje y la descomposición de la materia orgánica inciden negativamente en su preservación. Por ello, frente a un sitio arqueológico, deberíamos reflexionar sobre qué elementos nos permitirían reconocer el carácter ritual de un asentamiento, como así también sobre la posibilidad

de diferenciar las áreas donde se llevaron a cabo las actividades de subsistencia de aquellas donde la actividad específica fue ritual. Fue con esta idea que abordamos tanto el análisis de las fuentes etnográficas selknam como la excavación del sitio Ewan. Esperábamos poder dilucidar qué podía haberse conservado de los ceremoniales y cómo podíamos intentar su reconocimiento.

Por ello, nuestra intención en este trabajo no es tanto entrar en la discusión sobre el rol del ritual en sí mismo, sino en cómo abordar el reconocimiento de los espacios rituales desde la arqueología. Nuestro objetivo al abordar el análisis arqueológico del ritual ha sido generar hipótesis de trabajo que puedan contribuir a la identificación arqueológica de estas actividades y que por lo tanto permitan avanzar en su reconocimiento e interpretación. Desde esta perspectiva, se llevó adelante un proyecto de investigaciones específico en la zona central de Tierra del Fuego (Argentina), titulado «Sociedad y ritual en grupos cazadores-recolectores. El uso del bosque como espacio ritual entre los selknam de Tierra del Fuego», en el que se analizaron los sitios del paraje arqueológico Ewan. Las investigaciones tuvieron un doble objetivo: por un lado, buscaron documentar uno de los últimos vestigios de patrimonio indígena que se conservan en el lugar; por otro, pretendieron abordar el análisis del ritual desde una perspectiva etnoarqueológica.

La sociedad selknam de Tierra del Fuego y el estudio etnoarqueológico del ritual

Tierra del Fuego fue ocupada solo por sociedades cazadoras-recolectoras desde su poblamiento inicial, hace algo más de diez milenios, hasta la instalación de pobladores de origen europeo ya a fines del siglo XIX. Los grupos que vivían en el archipiélago fueguino en esta última época fueron descritos por viajeros y etnógrafos. A pesar de su aparente homogeneidad, representaban dos modos diferentes de vinculación con el ambiente que se reflejaban en ligeras diferencias en sus formas de vida. Uno de ellos fue el de los grupos cazadores-recolectores-pescadores que vivían en la costa meridional de la Isla Grande de Tierra del Fuego y en las islas que se extienden hacia el sur, hasta el cabo de Hornos: el grupo yámana vivía en las costas del canal Beagle e islas adyacentes, y el alakuluf en los canales de la costa pacífica. Estos fueron hábiles navegantes y cazadores de mamíferos marinos. El otro fue el de los grupos cazadores-recolectores de tierra firme, que ocuparon prácticamente todo el territorio de la Isla Grande: el grupo selknam se extendía por todo el interior de la isla, la costa sur del estrecho de Magallanes y la costa atlántica; otro grupo, el haush, ocupaba la Península Mitre, si bien de este se tienen menos informaciones y algunos autores, tal el caso de Gusinde, lo consideraron como parte del grupo selknam.

Todos los pobladores de Tierra del Fuego basaban su subsistencia en la caza, pesca, marisqueo y recolección, teniendo más peso un tipo de recurso u otro según el grupo. Con la llegada de la población de origen europeo, las comunidades indígenas iniciaron un proceso de desestructuración muy rápido, agravado por el efecto de las enfermedades, el desplazamiento y la persecución, que llevó a su práctica desaparición a principios del s. XX. Durante el breve intervalo en que coexistieron ambas comunidades, los europeos realizaron descripciones de los pueblos originarios, que pueden ser utilizadas como ayuda para interpretar sus formas de organización social, la subsistencia, la tecnología, la lengua, sus conocimientos y su rico mundo simbólico (v. g. Bridges 1978 [1951], Chapman 1986 y 1989, Gusinde 1982 [1931], Gallardo 1988 [1910]).

La rica documentación histórica y etnográfica existente sobre las comunidades indígenas de Tierra del Fuego, y más concretamente de las que habitaron el interior de la Isla Grande de Tierra del Fuego, hace de esta zona un lugar excepcional para el uso de la metodología etnoarqueológica. En su acepción más generalizada, la etnoarqueología es entendida como un trabajo arqueológico en sociedades subactuales destinado a verificar hipótesis de correlación entre acciones y restos materiales. Desde esa óptica, se trata del recurso a un procedimiento actualístico para interpretar los vestigios arqueológicos, ya que parte de la búsqueda de regularidades en las relaciones que vinculan los hechos materiales con su interpretación (técnica, social, ideológica), que puedan trascender a los particularismos culturales (Gallay, Audouze y Roux 1992). Más allá de este enfoque de la etnoarqueología en sentido estricto, otros investigadores la consideran como una interfase entre arqueología y etnografía, en la que ambas interactúan dialécticamente (Estévez y Vila 1995). El enfoque que hemos adoptado es el de considerar a la etnoarqueología o metodología etnoarqueológica como una vía experimental que permite la contrastación del método arqueológico, mediante la confrontación de los resultados obtenidos con los que se derivan de otras fuentes (etnográficas, históricas, etc.) y de la práctica experimental. Así, nos planteamos el estudio arqueológico de los restos materiales generados por una actividad ritual, que está bien documentada en el plano etnográfico por diversos investigadores/as (Gusinde 1982 [1931], Chapman 1986): la ceremonia del *Hain*.

Generalmente la etnografía ha proporcionado los modelos que han servido de base para explicar como se organizaron las sociedades prehistóricas. Sin embargo estas interpretaciones parten de una analogía que utiliza como referente o bien una imagen homogeneizadora de los grupos cazadores recolectores actuales o bien toma algún ejemplo concreto sin tener en cuenta las diferencias ambientales o sus procesos históricos particulares. Por otra parte las fuentes etnográficas que más habitualmente se utilizan como referencia de las sociedades cazadoras-recolectoras prehistóricas fueron escritas a finales del s. XIX e inicios del XX, desde perspectivas muy concretas. Además en muchos casos no pusieron atención a aspectos relacionados con los instrumentos o ciertos recursos, que constituyen la parte más abundante del registro arqueológico. Por ello consideramos que la etnoarqueología como método experimental ofrece una serie de ventajas como instrumento para la investigación arqueológica pero también para el conocimiento de las propias sociedades modernas. Es una vía para desarrollar propuestas teórico-metodológicas que permitan abordar el análisis de la producción, el consumo, las formas de organización social a partir de la arqueología o para comprender aspectos relativos a los procesos de formación del registro.

El estudio de estas poblaciones, de las que se tiene abundante información etnográfica, desde una perspectiva arqueológica tiene diversos objetivos. Por un lado documentar y con ello comprender mejor la organización social y económica de estas poblaciones, ya que aunque diversos etnógrafos y viajeros describieron las poblaciones indígenas, dejaron muchos aspectos sin tratar y además presentan a menudo una visión cargada de prejuicios. Además la mayoría de los estudios se llevaron a cabo en un momento en que la población indígena estaba ya aculturada y sometida a la dinámica capitalista. Por ello la arqueología se revela como el instrumento imprescindible para contrastar la imagen etnográfica de estas comunidades.

Por otro lado la posibilidad de contrastar la imagen etnográfica con la arqueología permite desarrollar instrumentos para el análisis de las evidencias arqueológicas, que difícilmente podrían ser interpretadas al margen de los datos etnográficos. Este es el caso de la organización social de las sociedades prehistóricas o de los rituales.

El ritual del *Hain*

Como en la mayoría de las sociedades cazadoras-recolectoras, en el caso de la sociedad selknam, las diversas ceremonias que rigieron los diferentes momentos de la vida, o ritos de paso, jugaron un papel fundamental para la reproducción social. Entre estas ceremonias, nuestro interés se ha centrado en la que se llevaba a cabo para la iniciación de los jóvenes varones. Esta ceremonia de paso se denominaba *Hain*.

El *Hain* puede ser considerado como uno de los ejes vertebradores de la estructura social selknam. Tenía lugar con cierta frecuencia, cuando había jóvenes que llegaban a la edad de iniciarse, y su duración era bastante larga pudiendo prolongarse durante meses. En la ceremonia los jóvenes iniciados, llamados *kloketen*, debían pasar por diversas pruebas para renacer en forma de adultos.

En el aspecto material, la celebración de un *Hain* implicaba un determinado patrón de asentamiento y una serie de actividades que deberían poder ser reconocidas en el registro arqueológico. Más adelante nos extenderemos sobre ellas, pero por el momento es necesario mencionar algo con respecto a las estructuras relacionadas con el *Hain*. La ceremonia tenía lugar en un claro natural del bosque, en el cual se construía una choza siguiendo un patrón preestablecido. Asimismo durante el tiempo en que se llevaba a cabo el *Hain*, el grupo establecía sus unidades habitacionales en un lugar cercano, a unos 200 pasos de la choza ceremonial, en unidades domésticas más pequeñas, siguiendo también un patrón preestablecido. Esta estructuración del espacio requería de un claro de tamaño adecuado, cercano a alguna fuente de agua. Este patrón de asentamiento, conocido por la documentación escrita, debería poder ser reconocible en el registro arqueológico.

El paraje de Ewan. Descubrimiento y posibilidades de estudio

En el transcurso de investigaciones arqueológicas en la zona central de Tierra del Fuego, fue registrada la estructura de troncos de una choza de forma cónica, parcialmente conservada, ubicada en un claro del bosque (Fig. 1). La información recabada de informantes, antiguos pobladores locales, con respecto a esta estructura sugería que podía tratarse de una choza correspondiente a la celebración de un *Hain*. Asimismo, una primera evaluación de su implantación y tipo de construcción mostró que presentaba características que son compatibles con los datos derivados de la información etnográfica.

Según las descripciones etnográficas la choza del *Hain* se levantaba en el claro, cerca de la primera línea de árboles, con la entrada orientada hacia el este. Para su construcción se utilizaba un número variable de troncos, que se obtenían en el bosque cercano, aunque la estructura tenía siete postes principales que se colocaban en primer lugar y que sustentaban a los demás. Estos postes principales se situaban en los puntos geográficos E, NE, N, NO, O, SO y S; el punto SE no estaba representado por ningún tronco. Los intersticios se llenaban con otros troncos y posteriormente se cubría todo con terrones de pasto y piel de guanaco. Una vez finalizado el ritual, la choza era abandonada pero los postes quedaban en su lugar, para poder ser eventualmente utilizados en futuros rituales, ya que no se la utilizaba para otros fines.

En vista de estas características, se realizaron varias visitas al sitio y se mantuvieron entrevistas con informantes locales, que confirmaron que esta choza estaría documentada ya a inicios de los años veinte. También fue posible recuperar algunas fotografías tomadas en los años 1951 y 1985. Todo ello parecía confirmar la



Figura. 1. Choza Ewan I, vista norte, año 2004.

antigüedad de la estructura y por lo tanto descartar que hubiese sido construida por población de origen europeo.

Así según estos pobladores la choza formaba parte de un asentamiento indígena en el cual habría tenido lugar una ceremonia del *Hain* (Fig. 2). La estructura de madera todavía en pie habría sido la choza ritual, mientras que en un lugar no lejano pero sin concretar habrían vivido las personas que habían participado en el ceremonial. Las fotografías tomadas a lo largo del siglo xx mostraban que la choza

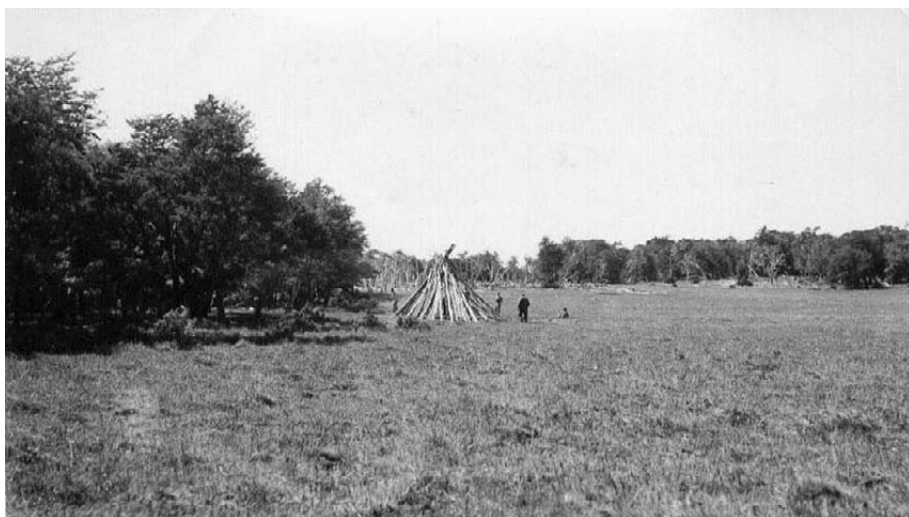


Figura 2. Vista de la choza Ewan I tomada en el año 1951 (Foto: N. P. de Goodall).



Figura 3. Cambios en el estado de conservación de la choza Ewan I, años 1951 (Foto: N. P. de Goodall), 1985 (Foto: B. O'Byrne), 2003 (Foto: E. Mansur).

ya estaba abandonada y en estado de deterioro hacia los años cincuenta del siglo xx y que su entorno habría estado afectado por el avance de la línea de bosque, con el consiguiente peligro para la integridad de la estructura de madera y la preservación del lugar (Fig. 3).

El sitio Ewan permitía tratar concretamente el ritual en el marco de la sociedad *selknam*. En este trabajo exponemos las aportaciones de la investigación del sitio Ewan, tanto en la fase de desarrollo de trabajo de campo como en la posterior interpretación de los resultados. Los ritos de iniciación entre sociedades cazadoras-recolectoras están documentados etnográficamente pero hasta la fecha pocas veces se ha podido investigar a partir de la arqueología, en parte por el desconocimiento de los tipos de evidencias arqueológicas que permitirían reconocer una actividad ritual entre este tipos de sociedades. La excavación de yacimientos que han sido formados a partir de una actividad ritual conocida permite analizar la formación del sitio arqueológico y determinar la relación entre las actividades rituales y su expresión material.

La investigación

Tal como se mencionó anteriormente, la inspección de la ubicación de la estructura cónica en Ewan era acorde con la descripción etnográfica de localización de la choza ritual. Se localizaba en el margen de un claro del bosque de *Nothofagus* y si bien no eran visibles otras estructuras en la zona, el tamaño del claro parecía cumplir los requisitos que se especificaban en las fuentes etnográficas.

Por este motivo durante los años 2003 a 2007 se llevaron a cabo cuatro campañas de prospección y excavación arqueológica dirigida a la localización de las estructuras, caracterización del patrón de asentamiento, documentación de las actividades realizadas allí y contrastación de la hipótesis sobre el carácter ceremonial del lugar.

Durante la campaña arqueológica 2003, la intervención se centró en la excavación de este sitio, con la estructura aérea, que denominamos Ewan I. Como partíamos de la hipótesis que en este sitio podía haberse llevado a cabo un ritual de iniciación *selknam*, la intervención incluyó una planificación rigurosa de la metodología de recuperación y registro de datos (cf. infra) y la documentación del sistema constructivo. También se efectuó una prospección intensiva a fin de delimitar el espacio ritual e identificar la implantación de las unidades domésticas (Mansur, Piqué y Vila 2009). En Ewan I se pudo identificar la ubicación de la entrada de la choza y algunos de los troncos principales, que coincidían con los puntos geográficos referidos en las fuentes etnográficas.

La intervención realizada en el año 2004 permitió excavar otro sitio situado a 200 m al oeste del primero (Ewan II-unidad 1), sin estructura aérea y por tanto no visible en superficie, que fue detectado mediante la prospección por sondeos en transectas. A continuación, las intervenciones de los años subsiguientes permitieron llevar a cabo una prospección intensiva en el paraje a fin de delimitar el área ritual, el área doméstica y localizar nuevas estructuras.

El análisis incluyó diversas líneas, según la evidencia, que se presentan en los capítulos subsiguientes. Estas líneas se vinculan con las hipótesis con que comenzamos la investigación y con las que fueron surgiendo a lo largo del trabajo. Una importante parte fue la referida a la documentación escrita, pero también se exploraron de modo intensivo los materiales recuperados en las intervenciones.

Contextualización geográfica e histórica

Tierra del Fuego es uno de los territorios insulares más australes del planeta. Situado en el extremo sur de América del Sur, entre 54° - 55° S y 67° - 68° W, está formado por una isla principal, la Isla Grande (compartido entre Chile y Argentina) y una serie de pequeñas islas que se extienden al sur hasta el cabo Hornos. La superficie total del archipiélago es de 71.500 km². El estrecho de Magallanes separa la Isla Grande (cerca de 45.000 km²) del continente. Esta está rodeada por el océano Atlántico al este, el océano Pacífico hacia el oeste y el canal de Beagle en el sur.

Sus características medioambientales están fuertemente condicionadas por la cordillera de los Andes, formada por una serie de cadenas subparalelas que se orientan aproximadamente este-oeste. Hacia el sur, los Andes se hunden en el canal de Beagle, donde forman una costa irregular que alterna bahías y acantilados; hacia el norte, las laderas descienden gradualmente en terrazas llanas, modeladas por diferentes periodos glaciares (Fig. 4).



Figura 4. Situación geográfica de Tierra del Fuego.

Toda la zona montañosa de la isla está cubierta por el bosque subantártico, pero los tipos de vegetación cambian de sur a norte de acuerdo a las condiciones climáticas y las características de los suelos. Los bosques perennes mixtos de la costa sur dan paso a los bosques de hoja caduca en las pendientes del norte de la cordillera, y están seguidos finalmente por una zona de ecotono bosque-estepa, con colinas boscosas, y llanuras herbáceas en la estepa del norte.

En comparación con las estepas del norte, la región montañosa del centro de la isla se caracteriza por su gran diversidad y abundancia de recursos. El bosque ofrece protección, refugio y abundancia de madera, un recurso esencial que está ausente en las estepas del norte. Los árboles principales son las hayas del género *Nothofagus*. Según se pasa de sur a norte, el bosque mixto de *Nothofagus betuloides* (guindo o coihue) y *Nothofagus pumilio* (lenga haya, lenga), da paso al bosque caducifolio de lengas o *Nothofagus antactica* (ñire). En algunas áreas el bosque de «ñire» está bien desarrollado, con árboles de más de 15 m de altura. Entre los arbustos, uno de las más comunes es *Berberis buxifolia* (calafate), que crece en las montañas más bajas, en los claros y en los bordes del bosque y en las zonas húmedas de la estepa bordeando ríos y manantiales. En los sitios expuestos al viento, se forma un estrato arbustivo con *Chilietrichium difuso* (mata negra). Otro arbusto importante es *Empetrum rubrum* (murtilla), que crece en las tierras bajas húmedas y en los bordes de los bosques. Tanto calafate como murtilla producen bayas comestibles disponibles durante el verano. El ambiente del bosque es rico también en una amplia variedad de hongos comestibles.

En los bordes del bosque, los pastos atraen a manadas de guanacos. Otros mamíferos de la zona son el zorro fueguino (*Dusicyon culpaeus*) y un roedor (tuco-tuco, *Ctenomys magellanicus*). Los ambientes de lagos y lagunas convocan a una gran variedad de aves, desde principios de primavera hasta finales de otoño (Figs. 5 y 6).



Figura 5. Bosque de *Nothofagus* a orillas del lago Fagnano.



Figura 6. Paisaje fueguino en el valle del Ewan, con alternancia de bosque y prado de gramíneas.

El poblamiento de Tierra del Fuego

Como se mencionó en el capítulo anterior, Tierra del Fuego estuvo habitada por poblaciones cazadoras-recolectoras desde el final de la última glaciación hasta los inicios del siglo xx. Las investigaciones arqueológicas han puesto de manifiesto que el poblamiento se llevó a cabo al final de la última glaciación, hace unos 11.500 años. En ese momento la configuración física y las condiciones ambientales de la región Estrecho de Magallanes eran muy diferentes de lo que son hoy. Entre 12.000 y 10.000 BP aproximadamente, cuando el nivel del mar estaba unos 60 m por debajo de su nivel actual, el estrecho de Magallanes era un valle de origen glaciario que estaba ocupado por lagos y canales poco profundos. La actual Isla Grande era una parte de la Patagonia continental, en realidad una península, conectada por puentes de tierra formados por morrenas glaciares (Clapperton 1992; McCulloch, Clapperton, Rabassa y Currant 1997; Rabassa et ál. 2000).

Las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en el sur de la Patagonia, han confirmado la presencia, en ese momento, de grupos cazadores-recolectores en varias cuevas y aleros (véase Miotti y Salemme 2004). El sitio más antiguo fechado hasta ahora en Tierra del Fuego es Tres Arroyos, una cueva al norte de las montañas de Carmen Sylva, que estuvo ocupada por lo menos hacia 10.500 BP (Massone 1987, 1996, 2004). En los niveles más antiguos se descubrieron áreas de combustión asociadas a instrumentos líticos y abundantes restos de fauna, algunos de ellos parcialmente quemados. Los restos recuperados sugieren un campamento para la caza de guanacos, así como de otra fauna continental. Tres Arroyos es hasta ahora el único sitio en Tierra del Fuego donde se hallaron restos de algunas especies extinguidas, como el caballo americano (*Hippidium* sp.), el perezoso del

pleistoceno (*Myloodon* sp.) y un tipo de gran zorro (*Canis Dusicyon avus*). Además ha proporcionado fragmentos de moluscos marinos y huesos de aves. Tanto las características de esta fauna, como los estudios palinológicos desarrollados en la zona de la Bahía Inútil, sugieren que en la zona habría dominado entonces un ambiente de estepa (Heusser 1994).

La segunda ocupación más antigua de Tierra del Fuego fue descubierta en el sitio Marazzi, un refugio al pie de un gran bloque errático en Bahía Inútil, con niveles que datan de alrededor de 9.600 BP. El lugar fue excavado por una misión francesa en 1967 y 1969. Allí se descubrieron abundantes artefactos líticos, como raspadores, láminas desechos de talla y boleadoras, y restos de fauna, aunque en este sitio ya no aparecen las especies extinguidas (Laming-Emperaire, Lavallee y Humbert 1972; Morello, Contreras y San Román 1999).

La separación definitiva de la isla principal del continente tuvo lugar alrededor de 8.000-10.000 BP, con la elevación del nivel del mar y la formación del Estrecho de Magallanes. Es difícil afirmar todavía si los primeros inmigrantes a la Isla que se encuentran en Tres Arroyos representan un hecho aislado de exploración, o si hubo continuidad de la ocupación en los milenios siguientes. Las investigaciones arqueológicas sistemáticas en el norte de Tierra del Fuego se han comenzado en tiempos relativamente recientes, y aún no se han descubierto otros sitios contemporáneos a Tres Arroyos o del período inmediatamente posterior. Sin embargo sí existen diferentes sitios arqueológicos que datan entre ca. 7.000 y 4.000 BP, que parecen confirmar la segunda de estas hipótesis. Uno de ellos es el mismo sitio Marazzi, que tiene niveles intermedios fechados en ca. 5.500 BP (Morello Repetto 2000; Morello, Contreras y San Román 1999). Los restos de mamíferos terrestres, especialmente de *Lama guanicoe* (guanaco), son los más abundantes en el registro arqueozoológico, pero también hay restos de mariscos y algunos de mamíferos marinos. Otro es el sitio Túnel I, en la costa del canal Beagle, cuyo Primer Componente data de alrededor de 7.000 BP y corresponde a una ocupación de cazadores-recolectores no especialmente adaptados a la costa (Orquera y Piana 1999a). Cerca de la costa atlántica, en la parte norte de la isla, investigaciones recientes han revelado otros sitios, a veces con capas de conchales, que datan de alrededor de 5.000 y 6.000 BP. Este es el caso de Cerro Bandurrias, en la costa sur-occidental de la Bahía San Sebastián (Favier Dubois y Borrero 2005), o los sitios Río Chico 1 y La Arcillosa 2, en la región del río Chico (Salemme, Bujalesky, Santiago 2007, Santiago, Oría y Salemme 2007). Finalmente, en la misma zona de Bahía Inútil, el sitio Myren 2 ha sido fechado alrededor de 4.000 BP (Prieto, Calás, Morello y Torres 2007).

Hay menos información sobre la ocupación del norte de la isla entre 5.000 - 4.000 BP y el fin del Holoceno Medio que sobre la de la última época, hasta la llegada de los colonos blancos a fines del siglo XIX. En efecto, las investigaciones desarrolladas cerca de los sectores norte y centro de la costa atlántica indican una diversidad de sitios, incluyendo sitios de superficie y niveles de conchales (Borrero 1979, 1989-1990, 1991, Borrero y Lanata 1988; Borrero y Barberena [eds.] 2004; Lanata 1996). Muchos de ellos datan del último milenio y podrían corresponder a campamentos selknam históricos.

Arqueología en el área selknam

Hasta tiempos recientes, la mayoría de las investigaciones arqueológicas en la vasta región que más tarde se convirtió en el territorio selknam, se habían concen-

trado en la costa y las estepas del norte. La costa presenta una alta concentración de sitios, que puede tener dos explicaciones. Una de ellas es la alta visibilidad de los sitios costeros, en comparación con los sitios del interior, ya que éstos se encuentran en zonas de sedimentos arenosos o dunas, y por lo tanto pueden quedar al descubierto por los procesos erosivos. La segunda es que, de hecho, la costa haya sido utilizada intensamente como hábitat. Las áreas costeras son importantes en cuanto a recursos. Aparte de la explotación de los recursos marinos, la costa constituye un importante reservorio de materias primas. De hecho, las fuentes más importantes de materia prima lítica son los guijarros y clastos de origen glaciario, redistribuidos por los sistemas fluviales. Por otra parte, las costas tienen disponibilidad de huesos de ballena, y en los últimos tiempos, de vidrio y otros restos industriales procedentes de naufragios (Mansur 2003, Mansur y Piqué 2010 en prensa).

Sin embargo, los sitios arqueológicos correspondientes al período selknam se encuentran en una variedad de localizaciones topográficas y ambientales. Corresponden principalmente a ocupaciones de grupos pequeños, aunque en algunas áreas los sitios más extensos también están documentados. El registro de los yacimientos incluye huesos de guanaco, pero también aves y roedores, así como peces, lobos marinos, restos de ballenas varadas y mariscos. A pesar de la homogeneidad general, hay diferencias entre los sitios que podrían ser atribuidas a diferentes actividades, como talleres para la manufactura de instrumentos líticos, los sitios para la explotación de la fauna marina, etc. (Borrero 1991). En la costa, los sitios más recientes revelan que la adopción gradual de las materias primas europeas, como el vidrio utilizado para las puntas de proyectil, raspadores, etc., y el hierro, que sustituyó a la piedra en la fabricación de cuchillos y gubias.

A lo largo de la costa del estrecho de Magallanes, diversos sitios selknam han sido documentados. El investigador M. Massone ha prestado particular atención a la explotación de recursos marinos en el registro arqueológico y etnográfico (Massone et al 2003, Massone y Prieto 2005, Massone y Torres 2004). Más recientemente, M. Massone y F. Morello (2007) realizaron una revisión de todos los sitios selknam, con el fin de evaluar la explotación de cetáceos; así pudieron documentar cerca de 100 sitios en tres zonas: bahía Inútil (oeste), Primera y Segunda Angostura (al norte) y el cabo San Vicente (noreste). En todos los lugares se encontraron evidencias de consumo de cetáceos, peces y mariscos. Entre los sitios más importantes destaca Marazzi 32, con diversas fechas de radiocarbono que sitúan la ocupación alrededor de 600 BP, y Punta Catalina 3 (fechado alrededor de 2.300 BP).

En la parte norte de la costa atlántica abundan los sitios con restos de consumo de mariscos y de pescado o guanaco. Entre estos destacan los sitios San Genaro 1 y 2, que muestran la presencia de varias capas con conchal, compuesto por una diversidad de moluscos (*Mytilus*, *Patinigera*, *Trophon* y *Balanus*).

Más al sur se destacan los sitios de Punta María (300 BP), Cabo San Pablo (300 BP) y de la Estancia María Luisa (Fig. 7). Todos ellos tienen extensos conchales, donde los restos de mamíferos marinos y de moluscos están muy bien representados. El estudio de los restos de fauna muestra las diferencias entre los sitios; los moluscos predominan en San Pablo 1 y 6, sin embargo, en San Pablo 7 y María Luisa 3 predominan los restos de guanaco (Borrero y Lanata 1988). Lamentablemente los sitios han sido publicados solo parcialmente y por ello todavía no se dispone de datos acerca de los taxones representados y su importancia.



Figura 7. Sitios del corazón de la isla, entre los lagos y la costa atlántica.

Los sitios arqueológicos de la zona central de Tierra del Fuego

La investigación de la ocupación humana en la zona cordillerana de Tierra del Fuego, es decir en el ámbito del bosque subantártico, es relativamente reciente, ya que hasta hace poco había merecido menos atención que las costas y estepas del norte. Recién a partir de los inicios del Proyecto Arqueológico Corazón de la Isla, dirigido por una de nosotras (Estela Mansur) se ha comenzado a trabajar de modo sistemático en esta región.

El principal objetivo de esas investigaciones fue estudiar las características de la ocupación humana en la región del bosque subantártico. Los trabajos de campo realizados durante la última década llevaron al descubrimiento y estudio de yacimientos arqueológicos situados en diferentes ambientes. Al igual que en la zona costera y la estepa, uno de los aspectos más característicos es la diversidad de implantaciones, desde el punto de vista de los lugares detectados y la funcionalidad.

Los datos obtenidos hasta hoy en la zona boscosa, junto con los resultados de investigaciones de otros grupos en la costa central de Tierra del Fuego, permiten conformar una imagen de la explotación de este territorio central y confirman la ocupación de los bosques subantárticos del centro de la isla. Este bosque constituye un paisaje privilegiado, rico en diferentes tipos de recursos. La población originaria explotaba intensamente este ambiente como parte de las estrategias adoptadas por los cazadores-recolectores en la ocupación del territorio insular en los tiempos históricos.

Gracias a las investigaciones realizadas en la parte central de la Isla Grande, se han obtenido evidencias de diversos sitios en superficie y estratificados. En gene-

ral, los sitios arqueológicos están emplazados en diferentes ubicaciones, algunos en pendientes arboladas, otros cerca de lagos o lagunas, o sobre la costa; otros están ubicados en las vertientes de valles amplios, así como en el bosque, en claros o cerca del borde del bosque.

De acuerdo con sus características de tamaño y superficie, los hemos clasificado en tres grupos: hallazgos aislados, campamentos pequeños y sitios extensos (Mansur 2003, Mansur y Piqué 2009).

Los hallazgos aislados son los de materiales arqueológicos dispersos en el suelo y no en relación con las capas arqueológicas erosionadas. Estos materiales arqueológicos aislados aparecen en muchos lugares. Se encuentran tanto en las laderas boscosas como en las cercanías de lagos y lagunas; aparecen, por ejemplo, en los lagos Fagnano, Escondido y Hantuk. En todos los casos, sugieren el uso de estos ambientes para la caza (Mansur, Martinioni y Lasa 2000).

Los campamentos temporales son concentraciones de algunos materiales arqueológicos, generalmente alrededor de un hogar. Estas concentraciones pueden corresponder a unidades habitacionales individuales (refugios o altos en desplazamientos de cazadores) para ocupaciones temporales. Un ejemplo de un campamento temporal es el sitio Marina I, ubicado en los bordes del gran valle del río de la Turba, uno de los principales afluentes de la cuenca sur del río Grande. La excavación en el sitio de una superficie de 6 m² proporcionó restos de fauna (guanaco, n = 185), instrumentos líticos (puntas de proyectil y otros instrumentos retocados) y desechos de talla (lascas, fragmentos, etc.), asociados con dos hogares con abundantes fragmentos de carbón. La datación por radiocarbono proporcionó una fecha de alrededor de 1.800 AP.

Finalmente, encontramos sitios en los que las concentraciones de materiales se superponen y cubren una gran superficie. En ellos pueden aparecer hogares diferentes, separados entre sí. Estos sitios pueden representar tanto eventos de reocupación de un mismo ambiente a través de un cierto lapso de tiempo (como en el caso de las reocupaciones estacionales) o eventos de agregación relacionados con actividades ceremoniales, por ejemplo. Entre los primeros, encontramos las ocupaciones del sitio Kami 1, ubicado en la costa sur del lago Fagnano, próximas a la laguna Bombilla; mientras que entre los segundos el más conocido es el sitio de Ewan sobre el que tratamos en esta publicación.

La sociedad selknam

Según hoy sabemos, en el siglo XIX toda la gran área norte de la Isla Grande estaba habitada por el pueblo selknam. Sus límites coincidían con tres importantes rasgos geográficos: el estrecho de Magallanes al norte y oeste, el océano Atlántico al este, y al sur el cordón más meridional de la cordillera de los Andes.

Según la mayor parte de las fuentes escritas, los selknam dividían la tierra en que vivían en dos regiones, que corresponden perfectamente a los dos principales ambientes de su territorio. Llamaban *párik* a la zona de praderas del norte y este de la Isla, caracterizada por un ambiente estepario y semiestepario, sobre relieves mesetiformes y depresiones de origen glaciario. *Hersk* era la zona que se extiende hacia el sur, que pasa progresivamente de relieves ondulados con bosquecillos dispersos, al bosque denso de las laderas cordilleranas. El límite entre ambas se encontraba en el río *Hurr* (el actual río Grande). En ambas regiones, vivían en grupos de unas pocas familias emparentadas, en territorios relativamente bien delimitados a los que denominaban *haruwen*, en los cuales se desplazaban casi constantemente.